

Nos manipulan, nos dejamos manipular

Si los "mercados" nos exigen una reforma laboral que deje sin derechos a los trabajadores para facilitar su sumisión, el sr. Rajoy y sus muchachos rápidamente hacen sus "deberes" para tenerles contentos.

Si el capital alemán, a través de la impresentable Angela Merkel, nos exige que antepongamos la reducción de la deuda pública a cualquier otra consideración, por muy dañino que eso sea para la ciudadanía, presto está nuestro gobierno a cumplir sus exigencias.

Pero si el gobierno de un estado, en el ejercicio de su soberanía, decide la nacionalización de una empresa cuyo capital está bajo el control de una empresa de titularidad española, el sr. Rajoy saca del armario su orgullo nacional y arremete cual invicto caudillo contra quienes osan tan despreciable acto.

Y no solo es el presidente del gobierno quien obra así. Basta echar un vistazo a la mayoría de titulares de la prensa para observar cómo sale a relucir el orgullo nacional herido por tal acto. Algunos no podemos evitar recordar tiempos pasados, cuando en plena época del "tío Paco" y ante cualquier acto exterior considerado negativo por el régimen, el gobierno de turno tenía su rabieta histriónica, publicitada a todo bombo.

Pero lo más curioso es ver como gente de la calle se deja arrastrar por esa especie de histerismo colectivo, gentes a las que en realidad ni les va ni les viene la tan cacareada expropiación.

Porque el verdadero enemigo del ciudadano no es Argentina. Nuestros enemigos son esos financieros internacionales que usan y abusan de la especulación para enriquecerse a costa de nuestras miserias. Esos políticos, tanto nacionales como internacionales (especialmente alemanes), que consienten y avalan esas prácticas especulativas. Ese Banco Central Europeo, cómplice necesario de la banca privada. O el FMI y su defensa del sistema liberal que somete a la miseria a la mayoría de la población mundial para mantener las cuotas de enriquecimiento del gran capital.

Porque Repsol no es España. Repsol es una empresa privada, una multinacional que tiene más del 50% de su capital en manos extranjeras y que solo declara en este país una cuarta parte de sus beneficios mundiales.

Porque Repsol no es trigo limpio. Como tampoco lo fue la adquisición de YPF por parte de la empresa española. Desde manipulaciones realizadas en connivencia con el gobierno de Menem para "cargarla" de una deuda

externa que justificara su venta a Repsol, hasta una reducción de reservas petrolíferas (que a su vez redujeron considerablemente su valor), para que, una vez adquirida por la multinacional española y por arte de birlibirloque, volvieran a subir espectacularmente, pasando por la venta irregular de acciones propiedad de los trabajadores como si fueran del gobierno. Vamos, de juzgado de guardia, y de hecho algunos de estos temas están en los tribunales.

Pero de todo eso no se habla. No aparecen noticias al respecto en la prensa. Como tampoco se habla de los procesos que tiene abiertos por delitos contra las poblaciones indígenas (comunidades mapuches) y delitos contra el medio ambiente, con graves contaminaciones que han envenenado la sangre de muchos de ellos con metales pesados.

Ni se habla de la colaboración de esta empresa con naciones que no respetan los derechos humanos (la pela es la pela), ni de su procesamiento en Bolivia por contrabando de crudo, ni de sus vinculaciones con las fuerzas paramilitares de Colombia, ni de prácticas ilegales en la explotación como el venteo de gas (liberación del gas que acompaña la extracción de petróleo) que ya ha provocado la muerte y graves lesiones a varias personas, ni de la muerte de nueve trabajadores en Puerto Llano (Ciudad Real) como consecuencia de graves infracciones en materia de prevención de riesgos laborales.

¿Por qué entonces demuestra el gobierno una actitud tan furiosa en defensa de unos intereses privados? Recordemos que esa empresa era, tiempo ha, una empresa pública que fue privatizada por los mismos que ahora salen en su defensa.

Quizás sea determinante que buena parte de nuestros políticos, incluyendo algunos ministros actuales, han estado en "nómina" de dicha empresa, y posiblemente son muchos los "favores debidos".

Y tampoco hay que descartar lo útil que puede resultar la creación de un "enemigo común", por muy falsa y forzada que sea la situación.

Repsol no es España, pero la sanidad, la enseñanza, los derechos laborales, las coberturas sociales si lo son. El gobierno no ha tenido, ni tiene, ningún empacho en degradarlo y destruirlo todo. Los medios de comunicación, de forma mayoritaria, han ignorado este proceso destructivo. Pero han saltado como adalides en defensa de los intereses privados de una empresa de moralidad más que discutible. Si nos convencen de que nuestro enemigo es Argentina, pueden crear esa falsa unión que hace que ignoremos los agravios internos. Los verdaderos agravios.